Presidente del Directorio: Daniel Ramsay Romero
Director (e): Hernando Guerra-García Campos

El Peruano es una publicación de la Empresa Peruana de Servicios Editoriales S.A. – Jirón Andahuaylas 1472, Lima. Teléfono: 28-3460 Fax: 28-5561

JORGE ARTURO MORENO / Historiador

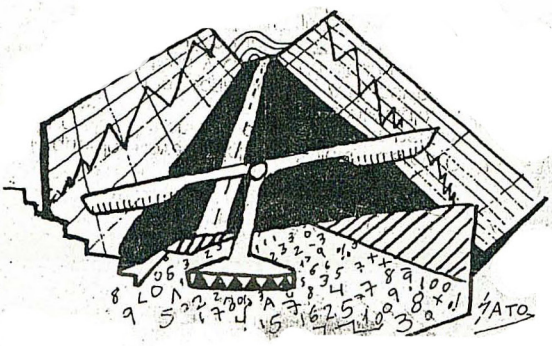
EL 900

Balance y recuperación

A un escaso lustro de culminar el siglo XX con todos sus portentos cibernéticos y sus lacerantes problemas de miseria aún sin resolver, aparece en la bibliografía nacional un interesante estudio sobre la Generación del 900, aquella de ilustres peruanos nacidos luego del desastre de la Guerra del Pacífico, que rinden sus primeros frutos intelectuales a comienzos del presente siglo. Este meritorio ensayo lo debemos a la pluma infatigable, ágil y convencida de Pedro Planas.

Si las primeras citas del libro en comentario sugieren cierta fina ironía, el título del mismo anuncia diáfanamente su vocación contestaria, sin perder jamás por ello el nivel y profundidad de las ideas. *El 900. Balance y recuperación* de Planas pretende erguirse –y en efecto se yergue– como un concienzudo y razonado mentís a un áspero opúsculo que por el año 1939 Luis Alberto Sánchez publicara bajo el epígrafe: *Balance y liquidación del 900.* La sensible desaparición de LAS truncó un seguramente provechoso debate; empero, las obras permanecen a ojos de cualquier atento escrutador.

En puridad, pocas veces en el Perú moderno se ha suscitado un "pleito generacional" tan acusado y trascendente como el que protagonizaron, durante décadas, los novecentistas con los de la generación denominada de la *reforma universitaria*, que le siguió cronológicamente. Esta pugna intelectual e ideológica, tras la cual anidaban antiguas pasiones políticas, explican algunas enormes omisiones o tergiversaciones de sus epígonos. A estos hechos se refiere quizá el autor cuando en la introducción de la obra afirma que "los novecentistas fueron conocidos a través de la imagen que de ellos ofrecieron sus detractores".



Planas se adhiere, en verdad, a la teoría de las generaciones esbozada por Ortega y Gasset y sistematizada *a posteriori* por Julián Marías, según la cual el cambio generacional se sucede por períodos de 15 años. En el Perú, César Pacheco Vélez, en un volumen póstumo intitulado *Ensayos de simpatía: sobre ideas y generaciones en el siglo XX* (Univ. Pacífico 1993), aplica este método histórico al 900. No es casual, pues, que entre Pacheco y Planas exista una afinidad espiritual y comunidad de ideales. Ambos bregan por la reivindicación del 900. No en vano el segundo dedica al primero su ensayo *El joven Víctor Andrés Belaúnde*, como su preclaro maestro.

El joven autor inicia su examen con la impugnación del membrete "arielista" que suele atribuírsele como sinónimo a los del 900. *Ariel* es el título del conocido libro de José Enrique Rodó publicado en 1900. Por su altos valores morales y hermosa prosa, esta obra se convierte prontamente en la biblia de la juventud americana de comienzos del siglo. Rodó, en puridad, toma el personaje de la obra de Shakespeare: *La tempestad.* Ariel es un espíritu puro y sublime, aéreo y frágil, todo inteligencia, todo corazón.

El autor arguye dos razones para su impugnación. La primera que tal denominación es fácilmente tergiversada en nuestro medio, llevando una "imagen caricaturesca del 900, como si se tratara de espíritus retóricos ajenos a la realidad". La segunda sostiene que es un término que no comprende en extenso a todos sus miembros. Julio C. Tello y Riva Agüero no encasillarían en este esquema. En efecto, Riva Agüero –apunta Planas– en su tesis de bachiller de 1905 había recusado tempranamente el breviario del arielismo.

Mantenemos nuestra alturada discrepancia con el primer argumento. La distorsión deliberada de un término, nos parece, no es sustento suficiente para desterrarlo. El segundo fundamento, en cambio, lo consideramos valedero. En todo caso, coincidimos plenamente con el autor en cuanto propone como nueva nomenclatura de los novecentistas, en atención a su devoción por los estudios nacionales, el término más exacto de "peruanistas".

El autor, luego de recorrer algunos aspectos de la vida y obra de Oscar Miró Quesada "Racso" y Julio C. Tello, se detiene a narrar con agilidad y minuciosidad la etapa caudillesca de Riva Agüero en 1911 y la formación del Partido Nacionalista Democrático en 1915. Nos interesa sobremanera el capítulo que dedica a Francisco García Calderón, autor a sus veinticuatro años del primer gran estudio social, histórico, geográfico y jurídico y económico sobre el país, en el presente siglo: *El Perú contemporáneo* (1904).

Planas reivindica con justicia a García Calderón analizando pulcramente su itinerario espiritual para luego calificarlo honrosamente de "primer peruanista". Si seguimos a Vargas Ugarte que en su Manual de Peruanistas (Studium, 1951) también considera como tales, entre otros, a los primeros cronistas de convento del siglo XVII, al sabio Hipólito Unanue y a Marino Felipe Paz Soldán; García Calderón vendría a ser, en rigor, el primer peruanista orgánico y totalizador del presente siglo.

A Francisco García Calderón le cabe –sin duda alguna– el honor de la paternidad en la iniciación de los estudios sociales, con visión de conjunto, en el Perú moderno. Similares y meritorios esfuerzos como los *7 ensayos* (1928) de José Carlos Mariátegui y el *Perú: problema y posibilidad* (1931) de Jorge Basadre aparecieron, a su imagen y semejanza, décadas después.

Inclusive –como agudamente lo deja entrever Planas– García Calderón fue acaso el primer intelectual peruano que lee y comenta (y por cierto refuta) las tesis de Marx en su primer libro *De Litteris,* escrito a sus veintiún años y publicado en 1904 con prólogo de Rodó. En un ensayo breve de 1915 y en artículos varios recopilados en 1929, García Calderón continuaría vigorosamente en esta línea.

Interesante resulta la exposición sobre la evolución del autor de *El Perú contemporáneo* de peruanista a latinoamericanista. Su *Democracias latinas en América* (1913), prologado por Raymond Poincaré, insigne intelectual que llegaría a la presidencia de Francia, lo consagra como destacado miembro de la elite intelectual americana, en medio de una Europa inquieta y recelosa. Sin embargo, Planas no aborda adrede, en ese primer tomo, el análisis del pensamiento latinoamericanista de Francisco García Calderón y su relación con egregios congéneres. Esta delicada tarea, aún no emprendida, espera estudioso que la asuma. Esperamos que sea con el mismo talento y fuerza que Planas despliega en su obra.